

IN MEMORIAM

M^a. BELÉN CAMACHO GALLEGO

Memor Domini

28-06-1967

01-09-2011

MISA EXEQUIAL

Madrid – Jueves, 1 de septiembre
(Ap 14,13 + Sal 102 + Mt 5,1-13)

JAVIER PRADES

Hoy agradecemos como nunca que Jesús nos dirija sus palabras de bienaventuranza, con las que viene a consolar nuestro corazón doliente y a responder a la necesidad de ser confortados y sostenidos delante de la muerte. Porque la muerte nos echa para atrás, siempre llega a destiempo y nunca queremos encontrarla en el camino. Jesús nos consuela verdaderamente esta tarde, nos hace compañía hasta lo más profundo de nuestro corazón, para no dejarnos a merced de nuestras impresiones, de nuestras sensaciones, de nuestros pensamientos –que pueden ser a veces muy oscuros. Lo hace diciéndonos cómo son las cosas y, de este modo, extrañamente, es como si además nos hiciera un retrato de Belén.

Las bienaventuranzas que Jesús acaba de proclamar en el Evangelio son el único modo de encontrar descanso en la vida. No hay otro. Estamos siempre buscando esquivar lo que nos resulta doloroso o lo que no entendemos en la vida. Cristo hoy nos repite cuál es la fuente y la clave de una vida humana cumplida, dichosa. Es muy difícil escuchar las bienaventuranzas sin sentir cómo esas palabras van goteando hasta llegar a empapar la tierra de nuestro corazón, una tierra que hoy está particularmente necesitada de ser regada. Al mismo tiempo reconocemos en las bienaventuranzas tantas expresiones, actitudes y formas de estar de Belén, durante su vida y desde luego muy claramente en estos últimos años. Desde un otoño, un septiembre más o menos como ahora, de hace unos cuantos años hasta hoy en la larga prueba de la enfermedad.

“Dichosos los mansos” nos ha dicho el Evangelio. Quizá no entendemos muy bien lo que significa exactamente esta bienaventuranza. Si a cualquiera de los que estamos aquí –y estamos aquí porque hemos

palabras, sobre su significado, encuentro un sentido de paz, porque remiten a una relación profunda que es más fuerte que la muerte. *Memores Domini* quiere decir: «que recuerdan al Señor», es decir, personas que viven en la memoria de Dios y de Jesús, y en esta memoria cotidiana, llena de fe y de amor, encuentran el sentido de cada cosa, tanto de las pequeñas acciones como de las grandes decisiones, del trabajo, del estudio, de la fraternidad. La memoria del Señor llena el corazón de una alegría profunda, como dice un antiguo himno de la Iglesia: «*Jesu dulcis memoria, dans vera cordis gaudia*» (Jesús dulce memoria, que da la verdadera alegría del corazón).

Por esto me da paz pensar que Manuela es una *Memor Domini*, una persona que vive en la memoria del Señor. Esta relación con él es más profunda que el abismo de la muerte. Es un vínculo que nada ni nadie puede romper, como dice san Pablo: «(Nada) podrá separarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús Señor nuestro» (*Rm 8, 39*). Sí, si recordamos al Señor es porque él, antes aún, se acuerda de nosotros. Somos *memores Domini* porque él es *Memor nostri*, se acuerda de nosotros con el amor de un Padre, de un Hermano, de un Amigo, incluso en el momento de la muerte. Aunque a veces pueda parecer que en ese momento él está ausente, que se olvida de nosotros, en realidad él nos tiene siempre presentes, estamos en su corazón. Dondequiera que podamos caer, caemos en sus manos. Precisamente allí, donde nadie puede acompañarnos, nos espera Dios: nuestra Vida” (Benedicto XVI).

Pero además Belén nos ha introducido ya en el trabajo que Carrón nos propone para los próximos meses, a través del capítulo X de *El Sentido Religioso*, clave de bóveda de nuestra forma de pensar, tal y como decía don Giussani. Para Belén era más que evidente lo que tenía cada mañana cuando recobraba la conciencia. Privada de un sinfín de cosas y de posibilidades, ella vivía de la conciencia de que Otro la sostenía en el ser. Vivía de esa relación esencial. Y ofrecía.

Jesús en la cruz, hablando al discípulo amado, le dice: “Hijo, ahí tienes a tu madre” (*Jn 19,25-27*). Nosotros confiamos nuestro dolor y el de los padres de Belén a la Virgen. Que ella, que ha sufrido en sus carnes el desgarro del sufrimiento de su hijo, nos conceda su misma certeza en la Resurrección.

implícita o explícitamente: ¿Cómo es posible que esta chica pueda vivir así? ¿Quién llena su afecto? Y uno se ve obligado a pensar en Dios, en un Misterio potente capaz de llenar el afecto de una persona y de sostenerla en la alegría. Alguien presente, no una simple devoción o entretenimiento para visionarios.

Pero además Cristo ha querido asociarla al misterio de su pasión y muerte en cruz. Por la salvación de los hombres. Leíamos así en la primera lectura de hoy:

“Cristo, en los días de su vida mortal, a gritos y con lágrimas, presentó oraciones y súplicas al que podía salvarlo de la muerte, cuando en su angustia fue escuchado. Él, a pesar de ser Hijo, *aprendió, sufriendo, a obedecer. Y, llevado a la consumación, se ha convertido para todos los que le obedecen en autor de salvación eterna*” (Hebreos 5,7-9).

También con su enfermedad y muerte Belén ha gritado al mundo que existe un factor que vence el tiempo y el espacio, que vence la muerte, que asegura mi existencia para la eternidad. Éste era el gran testimonio de los mártires: ante la muerte la afirmación de la vida eterna. Todos los que habéis estado cerca de ella habéis salido con una mayor certeza: su forma de vivir el dolor y la enfermedad era un testimonio evidente de la presencia de un factor más grande. El milagro del dolor convertido en ofrecimiento. Por la salvación del mundo.

Belén es la primera *memor domini* española que muere. Todos nosotros tenemos que ser conscientes del valor de los *Memores Domini* para el movimiento, tal y como nos ha insistido siempre don Giussani. Ellos nos recuerdan que Cristo no es un mero ideal sino una persona, Dios y hombre verdadero, capaz de colmar por completo el afecto de los que se entregan a Él. No debemos ser superficiales en esto.

Hemos tenido la suerte de que el Papa nos ha escrito sobre el valor de los *Memores Domini*. Él también ha tenido que afrontar el dolor de la muerte de una *memor*, Manuela, que servía en su apartamento:

“El separarnos de ella de un modo tan repentino y la manera como nos ha sido arrebatada nos han provocado un gran dolor, que sólo la fe puede consolar. Encuentro un gran sostén al pensar en las palabras que son el nombre de su comunidad: *Memores Domini*. Meditando sobre estas

querido a Belén– nos pidiesen que lo explicásemos, a lo mejor no acertaríamos. Pero, si miramos el camino que ha recorrido Belén, podemos decir efectivamente: “Dichosos los mansos porque ellos heredarán la tierra”, es decir, porque a ellos les pertenece todo en su verdad profunda. Belén nos ha abierto el camino de la mansedumbre, de la docilidad ante el designio misterioso de Dios, tal y como se ha expresado a través de todas las circunstancias de su vida y de su vocación. Por eso no podemos negar que esa mansedumbre, esa docilidad, es una dicha y una bienaventuranza. Todos deseamos –yo, desde luego el primero – que Dios nos conceda vivir lo que nos toque con esta misma mansedumbre y docilidad.

El apóstol san Juan en el Apocalipsis añadía casi una bienaventuranza más a las que hemos escuchado en el Evangelio: “Dichosos los que mueren en el Señor, descansan de sus fatigas porque sus obras les acompañan”. Podemos decir con serenidad y paz que en el caso de Belén esta afirmación del Apóstol sencillamente es verdad. Sus obras la acompañan y ha muerto dichosa en el Señor. Como a todos nos va a tocar un día entregarle la vida a Dios, queramos o no queramos, el itinerario que ha hecho Belén, lo que ha vivido, nos hace aprender para que, si Dios quiere, vivamos así también nosotros. Por eso hemos venido hoy. Pensémoslo un momento: se puede estar aquí por un motivo social, de tradición o conveniencia, respetabilísimo, pero los que hemos tratado a Belén y la hemos conocido personalmente estamos aquí por ella, por lo que ella es y ha vivido. Recuerdo una de las veces que estaba en el hospital (¡han sido tantas!), sería hace un par de años, allá por Reyes más o menos. Tenía en el hospital una gran tarjeta verde con las firmas y las frases de ánimo de muchos amigos y compañeros. En esos casos todos decimos lo que podemos y allí había muchas frases más o menos de este tipo: “¡ánimo!”, “¡adelante!”, “todo va ir bien”, en fin, lo que alcanzamos a decir los hombres. Mirándola, mientras me lo enseñaba, pensaba: “Madre mía, pero si es esta chica la que nos da ánimos a todos nosotros”. Sacando fuerzas de donde no las hay le decíamos: “¡ánimo!”. Ella te miraba con los ojos abiertos de par en par y te iluminaba para lo que necesitabas, ¡incluso para darle ánimo a ella misma! Parece paradójico pero creo que lo podemos reconocer sin dificultad. Es como cuando uno ve ciertas pinturas, por ejemplo un

nacimiento u otros cuadros, en las que hay un punto de luz que ilumina el ambiente del cuadro. Ves que la luz proviene de dentro del cuadro, de un rostro, de un lugar. He pensado muchas veces que esta criatura nos iluminaba a nosotros, mirándonos, porque se hacía transparencia humana del Misterio. No digo nada imaginario o propio de un visionario; bastaba tenerla delante para comprender que de ella nacía en la carne esta bienaventuranza de la que estamos hablando: que el hombre manso de corazón, el hombre que llora y es consolado, el que es misericordioso, el que es limpio de corazón el que trabaja por la paz hace presente en el mundo la bienaventuranza, y es feliz. Eso es el Evangelio. No lo sabemos explicar mejor, hasta el punto de que lo que estoy diciendo resultaría inverosímil sin el hecho que lo justifica, que es ella misma, con lo que Cristo ha hecho de ella en estos años.

No me equivoco si digo que Belén era una chica sencilla, normal donde las haya. En su trabajo –como demuestran tantos y tantos signos de afecto y de cercanía de muchos de vosotros, compañeros de trabajo–, en su familia y en su casa de los *Memores Domini* en la calle Darro, era la persona más discreta y hubiera pasado siempre inadvertida. Sin embargo con la enfermedad ha venido a ocupar un lugar de primera línea. En estos años nos ha educado, y por eso la hemos mirado y hemos reconocido lo que Dios hace con aquellos a los que llama y le dicen que sí. El Señor nos llama, a todos, de una manera única para que lo reconozcamos en esa llamada. Hoy podemos ver lo que significa que cualquiera de las personas que estamos aquí y cualquier ser humano se puede convertir en alguien realmente amable por la adhesión, por el afecto, con el que uno acoge la llamada de Dios.

Sé que la liturgia de difuntos de la Iglesia no recoge las lecturas del profeta Isaías sobre el Canto del Siervo, pero he pensado muchas veces en ella con las palabras del profeta: “Como un cordero llevado al matadero enmudecía y no abría la boca... sus cicatrices nos curaron... lo que el Señor quiere prosperará por su mano”. Es difícil no pensar en el sacrificio de Cristo, en lo que dice Isaías sobre el Siervo doliente, viendo estos años de sufrimiento físico, de tanta dificultad, sin que haya salido de su boca una palabra de reproche, de queja o de lamento. El bien que ella nos ha hecho lo sabemos cada uno, lo llevamos en nuestro corazón hoy y para

MISA FUNERAL

Madrid – Jueves, 15 de septiembre

Misa del Movimiento de Comunión y Liberación

Memoria de Nuestra Señora de los Dolores

IGNACIO CARBAJOSA

En esta Misa ofrecemos el sacrificio de Cristo en la cruz por Belén. El precio de nuestro rescate es la sangre de Cristo. Sería ingenuo si nosotros quisiéramos presentar otros méritos en el momento de la muerte. De hecho nuestro mérito es el *sí* decidido, como Belén, al abrazo salvador a nuestra vida.

Pero además en esta misa hacemos una acción de gracias. De hecho éste es el significado etimológico de la eucaristía. Damos gracias a Dios porque ha querido incorporar misteriosamente a Belén a su plan de salvación para todo el mundo eligiéndola a través de su bautismo, su vocación y su muerte, haciéndola una con Cristo.

¿Cómo ha querido salvar Dios al mundo? Reconociendo nuestra debilidad, torpeza e infidelidad ha querido hacerse visible encarnándose en el seno de la Virgen María, entrando en el mundo como un factor más del mundo: caminando por las calles de Galilea, jugando con otros niños, moviéndose como adulto entre sus discípulos. Entrando en el mundo con la ternura con la que miraba a la Samaritana o la viuda de Naín, con la cercanía con la que comía con Zaqueo o descansaba en casa de Marta, Lázaro y María. Un factor entre los factores de la vida. Un hombre entre los hombres.

La vocación y la muerte de Belén han sido un signo de la Presencia misericordiosa de Cristo entre los hombres. Con su misma forma de vida, Belén ha gritado a todos los hombres que Dios es un factor presente en la historia, hoy. Su misma forma de vida ha hecho preguntarse a tantos,

Un día, un amigo la comunicó la muerte de su padre. Ella pidió que la llevaran al tanatorio. Me contó que al llegar, la dio un gran dolor. Apenas pudo decir a su amigo algo de lo que quería comunicarle. Se tuvo que sentar y callar. “Lo único que pude hacer, me dijo, es ofrecer mi dolor al Señor por mi amigo y por su familia”. Al contármelo, me conmovió porque lo que aparentemente no tenía ningún valor para el mundo, es lo que salva al mundo: el don de sí al Padre; la entrega en el instante al Padre a través de la circunstancia que nos toca vivir. Es un gran ejemplo y un gran regalo.

Para vivir en esta entrega, para renovarla una y otra vez a lo largo del día y de la vida, el Señor dio a Belén una vocación, una casa, una regla. Ella, de una forma discreta, fue entendiendo que la tarea de su vida era decir sí a Cristo a través de la regla de los *Memores Domini*. Como cada vez tenía menos fuerza, su sí al Señor pasaba por emplear esas pocas fuerzas en adherirse cada día a lo que podía de la objetividad de la regla.

Quiso el Señor ratificar la verdad de este camino en el momento del paso definitivo al encuentro cara a cara con Él. Sucedió cuando las *Memores* de su casa comenzaban a rezar laudes. Con Belén estaba una de sus hermanas. Ella nos comentó que al oír el rezo de los laudes, intentó incorporarse y en ese instante el Señor se la llevó. El que había venido a ella cada día a través de la liturgia de las Horas, se la llevaba con Él para siempre al comenzar a rezar los laudes de ese día.

Nosotros, por esto, en medio del dolor, vivimos con paz y con esperanza, pues sabemos bien con Quien ha ido Belén; sabemos bien que el designio de su vida es eternamente bueno; sabemos que no la ha recogido la muerte, sino nuestro Señor Jesucristo. Que la Virgen María la presente ante Él y a nosotros nos conforte con esta fe que ahora celebramos.

Descanse en paz.

siempre. Y veremos su resplandor, lo veremos como hemos visto lo que significa el cumplimiento de la vocación de una persona para el bien de la Iglesia, para el bien del mundo.

En estos largos años, en su casa, con sus padres, sus hermanas, con los compañeros de trabajo, hemos podido aprender fácilmente – ¡qué paradoja! – los misterios más profundos de la fe. Hemos descubierto que entregar la vida es una fuente misteriosa de fecundidad –de maternidad en el caso de Belén– de un bien del que nosotros no nos queremos despegar. Hoy estamos un poco aquí también por eso, porque si pudiéramos no nos despegaríamos de ese bien, y querríamos seguir poseyéndolo de la misma manera en que ha sido hasta ahora una fuente de bien. El Señor, que cumple hoy su vida para siempre, no nos privará del bien que hemos experimentado y del que veremos en el futuro.

Pedimos por ella, que se ha purificado larga y pacientemente en estos años; pedimos especialmente por su familia, porque hay algo único e irreplicable en la ternura de un padre por sus hijos, para que la paternidad de Dios brille ante nuestros ojos, para que nosotros hoy nos sintamos todos hijos, no huérfanos, y para que la separación de Belén pueda ser abrazada, sostenida y acompañada por la presencia poderosa y buena de Dios que nos quiere. Yo pido a diario que Dios me de la gracia de mirar todo en la vida, incluyendo el mal y la muerte, con la certeza serena y desconcertante con la que esta criatura ha vivido hasta el último suspiro. Y la prueba de que su actitud era verdad y que no había fingimiento alguno –porque cuando uno se está muriendo no hay mucho margen para fingir sino que aparece la verdad más profunda– es la extraña y sorprendente normalidad con la que ha vivido dentro de circunstancias tan poco normales como son los últimos días de la propia existencia.

Que Dios nos conceda vivir tan dominados por Su presencia que podamos caminar cara a cara mirando a Jesús y esperándole dentro de todas las cosas que nos suceden hasta el último día.

Que hoy, de manera muy especial por la intercesión de la Virgen, el alma de Belén entre en el descanso eterno y que la Virgen María que es Madre de Jesús y Madre nuestra nos consuele, nos conforte y nos sostenga.

MISA EXEQUIAL

Madrirdejos – Viernes, 2 de septiembre

ALFONSO LOZANO

Sr. Párroco, Amigos sacerdotes, queridos padres y hermanas, familiares y amigos, miembros de los *Memores Domini*, un saludo especial a las de su casa, que con tanta delicadeza habéis acompañado a Belén en este tiempo de enfermedad, hasta su muerte.

La muerte de Jesús se convirtió en un espectáculo de vida nueva para los que acudieron al Gólgota. El evangelio dice que “la muchedumbre que había asistido a ver el espectáculo, se volvió dándose golpes de pecho”, indicando así que aquellos hombres que llegaron hasta allí por curiosidad, regresaron a sus casas con la conciencia de que la vida y la muerte de ese hombre, Jesús, tenía que ver con el misterio de Dios.

Del mismo modo, Belén, en su enfermedad y en su muerte, nos ha hecho partícipes de una forma tan novedosa de vivirlas, que remite al misterio de Dios. La enfermedad y la muerte nadie las quiere, porque no corresponden al corazón del hombre, pues no forman parte del designio original de Dios. Por eso, los hombres huimos de ellas, aunque antes o después nos alcanzan. Y cuando esto ocurre, si el hombre no se abre al misterio de Dios, acaba siendo derrotado por ellas, termina desesperanzado y angustiado.

En Belén, nosotros hemos contemplado una persona que ha vivido la enfermedad sin que la desesperanza la dominara; al contrario, lo que ha prevalecido en su vida han sido la esperanza y la paz. De hecho, a medida que la enfermedad avanzaba, y que su muerte se acercaba, sorprendentemente crecía su esperanza, hasta el punto que estar con ella se hacía deseable, no sólo por compasión, sino por el atractivo de una belleza que en ella acontecía.

¡Qué paradoja! En su rostro debilitado y agotado por la enfermedad se hacía presente una belleza, una nueva belleza, que atraía más que ninguna

de las que el mundo puede procurar. Recuerdo el último día. Cuando la llame por su nombre, me reconoció. La dije que “el Esposo la quería, la deseaba y que era la hora del encuentro cara a cara con Él”. La pregunté si ella también le quería y deseaba verle. Entonces, abrió los ojos, me miró y me dijo: “sí”. Sus ojos brillaban con una luminosidad que no presagiaba la oscuridad de la muerte, sino que introducía en ese momento de la historia el resplandor de la luz eterna. Era una luminosidad que también he reconocido en otras ocasiones en ella y en los que viven de la obediencia a Cristo en las circunstancias que les toca vivir.

La prueba de la verdad de lo que estoy diciendo es que ha quedado una misteriosa paz en todos los que la acompañamos. El día de su muerte dije a su madre que “también era una gracia verles a ellos, a su marido, a ella, a sus hermanas”, porque en su dolor dominaba la paz. Su madre me dijo: “Belén nos ha preparado e introducido en esta paz”. Y esto, no porque hiciera discursos, sino porque ella vivía en paz.

¿Quién eres tú, Señor, que obras esta paz, también en la muerte? ¿Qué has hecho Tú, Señor, para que esto sea posible? La respuesta está en el Evangelio que hemos escuchado. En la cruz, Jesús, tomando sobre sí el peso y todas las consecuencias del mal, hasta el punto, como dice el profeta Isaías, “que su rostro estaba tan desfigurado que no parecía un hombre”, se entregó en un acto de confianza y de amor absoluto al Padre: “A tus manos encomiendo mi espíritu”. Esta entrega confiada al Padre hizo que en Jesús no triunfaran el mal y la muerte, sino la resurrección y la vida. Esa obediencia, llena de confianza en el Padre, hacía presente en el mundo la Belleza de Dios. Una belleza en el desfigurado, una obediencia en el crucificado, a las que la Virgen se adhirió con todo su ser, sabiendo que de ese modo el Señor hacía “todas las cosas nuevas”.

Su victoria sobre la muerte nos asegura, por la acción del Espíritu Santo, su presencia entre nosotros “todos los días, hasta el fin del mundo”. Y esta presencia nos va configurando con Él a través de las circunstancias. La enfermedad fue la gran circunstancia a través de la cual el Señor configuró a Belén con él en la entrega de sí al Padre. Ella me decía que no era capaz, por la enfermedad, de dar muchas explicaciones. Pero había muchos momentos en que vivía conscientemente esta entrega de sí al Padre en el instante. Esta relación, reconocida, era la fuente de su paz y de su esperanza.